



Ha sido enhorabuena...
In memoriam
María Victoria Castro Rojas
(1944-2022)

It has been at good times. In memoriam Maria Victoria Castro Rojas (1944-2022)

Mauricio Uribe

Departamento de Antropología, Universidad de Chile (Santiago, Chile)
mur@uchile.cl

Fui muy feliz con nuestro encuentro ayer. Por supuesto quedé con la sensación que fue muy corto; no hablamos de tantas cosas ¿Y subiste hasta la cima de Pachacamac? Qué lugar increíble en donde a medida que se sube empieza a sentirse el ruido del mar y al llegar ves ese enorme plano hacia el mar y la isla. Es impresionante. Recuerdo que Pedro Pizarro relataba que en Pachacamac había una "sacerdotisa" y también en una hornacina la figura de un zorro; como una deidad... Bueno MUR, no te quito más tiempo. No importa si no me contestas porque estás conectado conmigo. Cuídate muuucho. Me quedé con la copucha esa del tema de la familia de Manuel... y la recepción que les dieron. Un abrazo inmenso, V. (2 de junio de 2022)

Conocimiento

Entré a la carrera de Antropología en la Universidad de Chile atraído por su descubrimiento durante mi breve estadía en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (estudiando Literatura Hispánica). En 1989 ya transcurría mi segundo año de antropología, cuando vino otro descubrimiento trascendental: la especialidad de arqueología con los cursos introductorios de Antonia Benavente y Carlos Thomas, a lo cual se sumaron invitaciones y salidas a terreno que fueron tentando mi decisión por la especialidad. Fueron años universitarios maravillosos de juventud y convivencia estudiantil intensas, acompañados de gran actividad política y militancia temeraria propiciadas por el convencimiento profundo que eran los últimos años de aquella dictadura feroz que marcaron tanto la historia chilena del último siglo. Sin duda, tiempos violentos y de muchas carencias, a la vez que paradójicamente esperanzadores y reveladores vividos en juventud (afortunadamente), cuando la vida se abría y obligaba a tomar decisiones adultas y profesionales. En ese contexto, a pesar de las condiciones paupérrimas donde nos formábamos, la antropología y en especial la arqueología me cautivaron, haciendo fluir mis intereses y deseos de conocimiento de manera casi natural.



La infraestructura de “La Placa”, sede de la naciente Facultad de Ciencias Sociales en calles Marcoleta y Portugal, eran absolutamente degradantes como desmotivadoras; y la carrera de antropología era una licenciatura de cuatro años, cuyo plan de arqueología centrado en prehistoria apenas consideraba un barniz de metodologías de terreno, excavación y análisis de laboratorio, todas condensadas en un par de años. Aquí la preparación práctica era casi impensada (ni terrenos ni laboratorios), salvable solo gracias a los espacios abiertos por los escasos proyectos en marcha de nuestros profesores y los esfuerzos de autoformación, aprovechando cualquier oportunidad de participar en ellos, inclusive a coste propio. Por lo mismo, fue la calidad profesional y humana del plantel académico, más que los recursos económicos e infraestructura, lo que hizo la diferencia y fortaleció la decisión tomada de ser arqueólogo. Junto con las figuras de Antonia y Carlos, comenzaron a sonar los nombres de Fernanda Falabella o Mauricio y Claudio Massone, además de los antropólogos físicos como Carlos Munizaga y Eugenio Aspillaga, convirtiéndose en referentes inevitables. Dentro de ellos, aparece Viky (en mi grafía) como un personaje detonante de emociones y saberes, desplegada en uno de sus cursos míticos: Prehistoria de América. Para aquellos tiempos, una figura como la suya se tornó admirable por su calidez, excelencia y rigurosidad a través de un curso deslumbrante, que mostró, con sus “transparencias” y diapositivas, una historia americana totalmente desconocida que no tenía nada que envidiar a la del Viejo Mundo; abundante de procesos originales y novedosos que superaron con creces la información proporcionada por cualquier otro curso de historia de la Universidad o del Instituto Nacional (donde hice mi enseñanza media).

En paralelo, con compañeros de generación, entre ellos mi gran amiga Leonor Adán, tuvimos la oportunidad de participar de las excavaciones en el sitio El Mercurio, donde fortalecimos conocimientos y amistades anteriores, derivando en una invitación a apoyar el laboratorio de cerámica de un proyecto del Museo Chileno de Arte Precolombino. Leo, que ya trabajaba ahí, me llevó al Precolombino donde conocí a Varinia Varela, otra gran amiga y colega que me introdujo al mundo de la cerámica arqueológica y etnográfica, así como una entrada al Pucara de Turi, de lo que prácticamente no sabía nada. Todo aquello fue puro descubrimiento y plenitud, mientras ingresaba a este mundo arqueológico y comenzaba su recorrido, sin vuelta atrás, ya que mi decisión estaba tomada. El equipo cerámico que formamos con Vari y Leo, bajo el notable liderazgo y maestría de la primera, se convirtió en un espacio fundamental de crecimiento profesional y fraternal con dos grandes mujeres que se transformaban en colegas admirables.

Y, ¿cuál era el nexo con Viky? Esto devino en otro descubrimiento, ya que el 11 de marzo de 1990, el mismo día que Chile transitaba a la democracia, partíamos los tres hacia el norte, junto con Pilar Allende y Luis Cornejo, con rumbo a Calama y al Pucara de Turi como destino final. En ese largo trayecto tomé conocimiento que el jeep, muy duro y frío que nos transportaba (y que Vari con Lucho conducían de manera intercalada, casi sin parar), era el jeep de Viky y su marido Fernando Maldonado (El Flaco). Asimismo, tuvimos bastante tiempo para saber poco a poco con quienes me estaba involucrando, ya que entendí que se trataba de un proyecto FONDECYT (Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico), liderado por Carlos Aldunate y Victoria Castro, con quienes nos encontraríamos en Calama, donde también se sumó José Luis Martínez y Mario Vásquez, mi compañero de curso (una generación de solo tres alumnos). Aquel encuentro fue impactante, pues la arqueología del norte chileno se desplegaba de forma brillante mientras almorzábamos en el Club Yugoslavo (aún), bajo una conversación rica en alusiones al mundo andino que emergía por



primera vez antes mis ojos. Y, donde la vitalidad de todo este equipo, la situación y el lugar en general resultaban impensables hasta ese momento, sobre todo para alguien que lo más al norte que conocía era La Ligua.

Sin embargo, lo mejor estaba por venir cuando retomamos el rumbo y, en dos tandas, llegamos por fin a las vegas de Turi y su emblemático Pucara, enmarcados en el anfiteatro de montañas y volcanes que forman la cuenca superior del río Loa; donde los Andes se manifestaban en toda su expresión con el San Pedro y San Pablo, Panire, Echao, León, Línzor, Toconce, Tatio y Cablor. Ya, sobre los 3.000 msnm, estaba indiscutiblemente en ese mundo andino que tan bien nos había ilustrado Viky en aquel curso de segundo año y que se había ido materializando en el laboratorio de cerámica del Precolombino, mientras nos adiestrábamos con Vari.

La sorpresa, sin embargo, fue aún mayor porque nuestro campamento era la casa de Jerónima Salvatierra, la Mamita Jerónima, pastora de Turi que recibía a Viky con un cariño entrañable, a la vez que se alegraba y sonreía con Carlos, José Luis, Lucho, Pilar y Vari. Junto con ella también se hicieron presentes su hija María Berna y su esposo Félix Panire, igualmente alegres con nuestra visita, la que se extendió por unos 10 días, donde compartimos intensamente con esta familia de aiquineños y toconcinos, a la par del arduo trabajo arqueológico en el Pucara de Turi y los sondeos del 10% que se hacían a partir del muestreo estratificado proporcional (sofisticadamente diseñado por Luis). Justamente, esa convivencia familiar compartida con la actividad arqueológica eran parte fundamental de la metodología y la práctica (ambas iban de la mano) y en ese contexto Viky deslumbraba por su protagonismo, dando clases permanentes de ciencia y ética con sencilla humanidad. Lo anterior no niega la rudeza de esos momentos, sin una cama donde dormir, alimentación austera, cambios de temperatura extremos, harta tierra y polvo, sin ducha ni agua caliente, salvo por la limitada calidez de las aguas termales de los Ojos de Turi, el principal manantial que nutre a las vegas, alternado con varios sucesos extraordinarios, algo diferentes de la realidad cotidiana. La experiencia, en cualquier caso, fue pletórica de acontecimientos que marcaron la vida como momento fundacional, cambiando mi trayectoria vocacional y personal; justo cuando Chile también cambiaba su destino, yo me encontraba en medio de Turi y del Grupo Toconce, recién tomando conciencia de lo que aquello significaba.

En este contexto, la persona que brillaba era Viky y, aunque no me tocó trabajar con ella directamente (fue mi compañero Mario), era imposible no querer arrimarse a su alero y recibir su atención; creo que lo logré, pues a partir de esos momentos comenzó una relación tan estrecha que superó rápidamente el simple vínculo entre profesora y alumno. Para mí se convirtió en la otra figura femenina fundamental en mi vida, pues al igual que mi madre, siento que me eligió para hacer de mí lo que en gran parte soy; una construcción que fue moldeando en el aula, en terreno y en su casa, porque también el Flaco y sus hijos Fernando, Antonio y Pablo me hicieron un espacio y el privilegio inconmensurable de haber tenido dos familias. Gocé de manera infinita las estadías en esa casa rústica de la parcela de La Reina, en permanente crecimiento, la que alojaba espacios alucinantes como el escritorio de Viky (el de arriba, no el de abajo que el Flaco construyó después, con la ampliación norte). Allí revisamos notas de campo, grabaciones y diapositivas, bibliografía infinita que abundaba en títulos sobre el mundo andino, o donde tomábamos clases de computación para aprender Word Star, QPro y manejar los computadores que no hace mucho se estaban masificando en Chile.



Luego de eso, los almuerzos o cenas, algún baño en la piscina, los cafés, té y un sinfín de cositas para saborear que se compartían con el Flaco y los chiquillos que generalmente de manera silenciosa observaban este espectáculo; no sin un sentimiento culposo de mi parte que sentía quitarles espacio y tiempo a ellos. Más allá de aquello, continué disfrutando de su acogida, así como también de la casa ampliada y luego del segundo escritorio con la gran biblioteca, en la medida que fui desarrollando mis propios procesos formativos; es decir, una memoria de título para convertirme, finalmente, en arqueólogo el año 1996, junto con Leo, y más adelante mi tesis de magíster en 2005. En esos casi diez años, Viky fue figura fundamental en mi carrera y un pilar sólido donde apoyarme cuando murió mi madre en 2002; no sin altos y bajos como cualquier relación humana, o como hijo que se revela para demostrar que la madre hizo bien su trabajo, aunque sin querer admitirlo del todo. Para Viky, además, se sumaron más responsabilidades, otros proyectos con orientaciones distintas, cierto distanciamiento de su Universidad de Chile querida, a la vez que su incursión en otras universidades, más estudiantes como también sus nietas y nietos (además de un primer problema cardíaco que dejó huella innegable, afectando progresivamente su cuerpo y salud). Me reconforta haber estado presente en esos momentos, pero también la vida, los proyectos propios y sobre todo los espacios que me heredó en la Universidad (incluidas una que otra oficina y sus codiciadas fotocopias), nos alejaron físicamente un poco, aunque en ningún caso sentimentalmente. No obstante, los encuentros se volvieron más intermitentes, como ella dice en su último email: *“estás conectado conmigo”*.

Reconocimiento

Todo este preámbulo no tiene otra intención que dar cuenta de cómo quedaron fundidas en mi mente esas imágenes, momentos y emociones extraordinarios, donde la protagonista, responsable y creadora de gran parte de aquello fue Viky. Pero esto también comencé a racionalizarlo en términos de sus consecuencias propiamente académicas y disciplinarias. Al respecto, quisiera destacar algunos de esos aportes que ella misma encarnó, empezando por la formación del Grupo Toconce que marcó un hito en la madurez alcanzada por la arqueología chilena, sobre todo del Norte Grande, convocando e integrando una pléyade de colegas a lo largo de su trayectoria. Tradicionalmente representado por Aldunate, Berenguer y Castro, sus trabajos en el Loa Superior y en la región Atacameña constituyeron referentes empíricos, metodológicos y teóricos que dan cuenta de una arqueología contemporánea que supera las discusiones histórico culturales convencionales. Éstas se complejizan con aproximaciones mejor conectadas con el procesualismo norteamericano (la Nueva Arqueología) en boga hacia 1970 y 1980, enriquecidas con perspectivas de la arqueología social latinoamericana (ASL) y los estudios andinos liderados por una etnohistoria crítica, cuyos referentes principales fueron Luis Lumbreras y John Murra (Castro, Aldunate e Hidalgo 2000), entre varios otro/as (p.ej., Maria Rostworowski).

En esta línea se pueden destacar estudios en torno a los orígenes altiplánicos del poblamiento del Loa Superior y la función de las Chullpa en Toconce (Aldunate y Castro 1981; Aldunate, Berenguer y Castro 1982; Aldunate et al. 1986; Berenguer, Aldunate y Castro 1984; Castro, Berenguer y Aldunate 1979), como un gran aporte para refrescar el debate sobre lo atacameño, instalado por Uhle y que después precisaron Le Paige y Orellana con mirada muy nacional y homogenizadora de lo indígena. El Grupo Toconce, en cambio, proporcionó una visión más heterogénea del proceso de poblamiento y diversidad cultural de la región, especialmente hacia los momentos tardíos que conectaban con



incas e hispanos y, por lo tanto, la base de las poblaciones indígenas coloniales y contemporáneas de estos territorios. De este modo, conectaron de manera brillante pasado y presente, apelando a metodologías teóricamente sólidas como el método histórico directo, la etnoarqueología, la arqueología espacial y de patrones de asentamiento, por lo que sus artículos ofrecen aplicaciones teórico-metodológicas bastante vanguardistas para su época, incluidos los primeros fechados absolutos (por Termoluminiscencia) realizados en Chile (Castro et al. 1979).

En ese sentido, no puedo dejar de mencionar una reflexión teórica profunda sobre la problemática Tiwanaku (Berenguer, Castro y Silva 1980) que destaca por una excelente articulación de las propuestas etnológicas de Malinowski y sus estudios en las islas Trobriand sobre el Kula, con la materialidad altiplánica de aquella época en San Pedro de Atacama, dando una mirada muy novedosa sobre el intercambio en los Andes, más allá de la mera transacción de bienes. Asimismo, su secuencia de arte rupestre en el Alto Loa (Berenguer et al. 1985) proporciona un abordaje a este campo de estudios que resulta igualmente pionero para su época, convirtiéndolo en una unidad analítica con igual valor arqueológico que cualquier otro artefacto o asentamiento, proporcionando información científica valiosa y no solo constatación de prácticas mágico-religiosas. Además, igualmente pionero, este trabajo incorpora el arte rupestre histórico, tanto colonial como republicano, escasamente reconocido hasta esos momentos; tensionando otra vez la distinción radical entre pasado y presente. Sin embargo, el potencial interpretativo de las imágenes alcanza un nivel superlativo en el estudio sobre las representaciones de los jinetes de Aiquina que realizan Viky y Francisco Gallardo (Castro y Gallardo 1995-1996; Gallardo, Castro y Miranda 1999), intentando penetrar en las mentalidades andinas afectadas por el contacto hispano. Esta misma perspectiva la llevó a explorar el poder de las imágenes en otras regiones del norte (Valenzuela, Castro y Peredo 2018).

Devuelta al Pucara de Turi y los incas, sus acercamientos a la arquitectura prehispánica (con El Flaco) son notables y se convirtieron en un referente para la arqueo-arquitectura del norte de Chile (Castro, Maldonado y Vásquez 1993), cimentando el camino para los trabajos que luego fue desarrollando, entre otro/as, Leonor Adán y más recientemente Simón Urbina, para distintos períodos y regiones del norte, desde Camarones y Tarapacá hasta el Salar de Atacama, de costa a altiplano. En ese sentido, hay que señalar que los incas ocuparon un lugar especial en Viky, lo que quedó bien reflejado en trabajos visionarios sobre la presencia incaica en el norte chileno, especialmente en el Loa (Castro 1992; Castro y Ceruti 2018); el mismo que me nos inspiró a proponer y ejecutar mi primer proyecto FONDECYT como investigador responsable en Caspana, junto con ella y Leonor. Donde, previamente y en razón del ímpetu dado por el Grupo Toconce, hacia 1994 ya habíamos iniciado nuestros estudios de manera autónoma a través de un primer FONDECYT dirigido por Leonor, cuando ni siquiera nos habíamos titulado aún. En todo aquello, el aporte de Viky fue fundamental en materias científicas como patrimoniales, destacando sus aproximaciones rituales o simbólicas y sobre la caminería en particular. En efecto, luego continuó sus trabajos de caminos con Carlos y Varinia (Castro y Varela 2000; Castro et al. 2004), lo que también contribuyó para convertirse en la persona idónea para participar del proceso de nominación del Qhapaqñan como Sitio de Patrimonio Mundial de UNESCO, en representación de Chile (Castro 2004a y 2015b).



En paralelo, y parte de un campo igualmente fructífero, se encuentran sus trabajos etnológicos/etnográficos en propiedad, asociados con la botánica y zoología que permiten adentrarse de manera directa y profunda en lo que ella majaderamente llamó Ciencia Indígena (Castro 1986 y 2016). Esta producción destaca por el uso de la oralidad y la historia oral como parte de su marco teórico y metodológico sustancial (Aldunate, Castro y Varela 2003; Castro y Varela 1991), exquisitamente combinada con etnohistoria y lingüística, ampliándose también a distintos casos y territorios, inclusive más al sur del Desierto de Atacama (Castro y Adán 2001). Por supuesto, no sin polémica, logró instalar el conocimiento indígena al mismo nivel del conocimiento científico, demostrando su profundidad ancestral. Por ejemplo, expresiones magníficas de esa capacidad de síntesis sobre la historia, prácticas y saberes indígenas se encuentran en su aporte a las Culturas de Chile en sus versiones Prehistoria y Etnología, en acompañamiento con Hans Niemeyer, Virgilio Schiappacasse y José Luis Martínez, con especial referencia a las poblaciones preincaicas y atacameñas (Castro y Martínez 1996; Schiappacasse, Castro y Niemeyer 1989). Así como, en directa relación con la ciencia indígena en las compilaciones etnobotánicas de Tarapacá, el Loa y San Pedro de Atacama, en colaboración con Marcela Romo, Gilberto Sánchez y Carolina Villagrán; estos últimos notables maestros de la botánica y la lingüística en cada caso (García et al. 2018; Villagrán, Castro y Sánchez 1998; Villagrán Castro y Romo 1998; Romo et al. 1999; Villagrán et al. 1999; Villagrán et al. 1998). Recientemente, todo aquello redundaba en el aporte al conocimiento y comprensión de la diversidad cultural presente en las tierras del Loa y San Pedro, de costa a cordillera, a lo largo de los últimos 3.500 años, según se ejemplifica en una nueva versión de Prehistoria en Chile y sus Etnoarqueologías Andinas (Castro, Aldunate y Berenguer 2016; Castro et al. 2016a). En ambos casos sintetiza estas dinámicas liderando a un conjunto variado de colegas, abriendo un espacio significativo a las poblaciones costeras del área, muy minimizadas hasta hace poco tiempo. En efecto, Viky promovió un espacio nuevo a la investigación; por los senderos de las tierras altas y la puna atacameña se desplazó hacia la costa de Antofagasta. Sus trabajos en Cobija, así como en Taltal de la mano con Diego Salazar, lograron una vez más darle sentido al registro arqueológico, articulándolo con las dinámicas poblacionales e indígenas contemporáneas, en especial de los pescadores y mineros del litoral desértico (Aldunate, Castro y Varela 2008 y 2010; Andrade et al. 2014; Borie et al. 2016; Castro, Aldunate y Varela 2012; Castro, Escobar y Salazar 2012; Castro et al. 2016b; García-Albarido y Castro 2014; Letelier y Castro 2018; Rubio y Castro 2019; Salazar et al. 2010).

Aprovecho este momento para retrotraer el relato hacia la primera mitad de los 1990 y destacar un hito fundamental en la carrera de Viky, como fue su tesis de magíster: *Huacca Muchay. Evangelización y Religión Andina...* (Castro 1997), dirigida por el connotado historiador Rolando Mellafe de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Y que, más de una década después se publicaría como *De Ídolos a Santos* (Castro 2009), en ambos casos adornadas por un picaflor que El Flaco le diseñó especialmente para la portada, convirtiéndose en símbolo emblemático de su investigación. Fue así que, casi recién conocidos, Leonor y yo fuimos convocados por ella (en compañía de Varinia) a apoyarlas como ayudantes en un proyecto FONDECYT inédito, directamente relacionado con su tesis, dirigido al registro etnográfico del calendario ceremonial de las comunidades indígenas del Loa Superior y penetrar en esas religiosidades andinas, las de los gentiles como de los cristianos, ahora lideradas por San Santiago y La Virgen de Guadalupe. Sin perder la orientación (etno)arqueológica, el estudio tuvo un enfoque etnológico esencial dirigido al registro de las prácticas ceremoniales, articulado por los conceptos de historia andina y oralidad, conllevando una



metodología de terreno sistemática y muy estricta (Castro y Varela 1994). Imposible es olvidar nuestra participación en limpiezas de canales, festividades marianas, floreos de ganado y carnavales, entre múltiples otros rituales que se convirtieron en eventos naturales y constantes en nuestras vidas. Proyecto y tesis constituyeron una unidad fundamental, pues para Viky era muy relevante demostrar las continuidades y cambios de la religión andina (antigua y nueva); lo que había vislumbrado desde los rituales en las chullpas prehispánicas de Toconce y Turi, así como en la ferviente religión actual de los comuneros de Toconce, Aiquina y Caspana, comparados con aquellos denunciados por la extirpación de idolatrías en Atacama y Charcas.

Justamente, la Probanza de Méritos de Francisco de Otal en Atacama La Baja de principios del siglo XVII, descubierta por el etnólogo francés Thierry Saignes y entregada generosamente a Viky en reconocimiento por ser la persona más preparada para su estudio, se convirtió en un texto imprescindible, no solo para seguir el derrotero de las campañas de extirpación en los Andes que la iglesia católica había instalado desde Lima a fines del siglo XVI. Este expediente realizado por el extirpador Otal para sacar réditos económicos a partir de sus denuncias de las idolatrías de los indios en San Juan Bautista de Calama, San Francisco de Chiuchiu, San Lucas de Caspana o Santa María Magdalena de Cobija, demostraba que existía una religión ancestral incrustada en las comunidades de la región, estrechamente relacionada con las entidades de su entorno, destacando la figura del colibrí o Sotar Condi como un ente/deidad central, dentro de un conjunto mayor de seres y objetos cargados de poder vital (Castro 2004b). Y que esa misma comenzaba a entrelazarse con la religión católica impuesta, manteniendo la conciencia de ambas y conformando una tercera, correspondiente a la religión andina desplegada por las comunidades contemporáneas (Castro y Aldunate 2003).

Sin duda, esto constituye un aporte innegable y contundente para los estudios andinos y, sobre todo, para la etnología y antropología, aunque su potencial aún se encuentra poco explotado y muy en ciernes. Viky tensiona las ideas de mestizaje y, en consecuencia, el colonialismo, confrontando e interpelando los conceptos de aculturación (pérdida de la cultura original) y sincretismo (mezcla cultural), con aquél que ella misma propone: la yuxtaposición (Núñez y Castro 2011), alejándose de la irracionalidad o inconciencia del proceso de contacto/conquista cultural, apelando a la posibilidad de racionalidad y conciencia de parte de los vencidos. La antropología chilena no puede obviar este aporte etnológico colosal que requiere un reconocimiento mayor, ya que aún tenemos pocos ejemplos de tal envergadura con los cuales contribuir a la teoría antropológica general. Por lo mismo, lamentamos que, a pesar de un par de intentos, Viky no fuera galardonada con el Premio Nacional de Ciencias Sociales y/o de Historia, a la misma altura de otros miembros de esta comunidad antropológica como Bengoa, Hidalgo, Núñez, Montecinos u Orellana. Se lo merecía, pero no fue; sin embargo, ella ya tenía un premio mucho mayor representado por el inconmensurable cariño y admiración de sus colegas, estudiantes y las comunidades atacameñas. Como parte de ello, la figura de Viky se potenció no solo en la comunidad académica, sino también ante esas comunidades indígenas, varias de las cuales han reconocido que fue la persona que escribió su historia; por lo mismo, también deslumbró en la Escuela Andina del Instituto y Museo de San Pedro de Atacama (Universidad Católica del Norte), con un foco principal en la preparación de líderes indígenas.



A prueba de dudas, en el campo docente, profesional y patrimonial Vicky demostró su total gozo y compromiso, cuya síntesis extendería en demasía este perfil apretado y aún mezquino de su persona, por lo que solo me referiré escuetamente a estos ámbitos. Se reconoce masivamente como la formadora de gran parte de las y los arqueólogos de este país, así como también de varios antropólogo/as y profesionales de disciplinas afines; en especial de la Universidad de Chile, lo cual se encuentra reflejado en la larga lista de memorias y tesis que se encuentran en su enorme y deslumbrante biblioteca. Igualmente, por décadas sostuvo el área de arqueología y la coordinación de sus profesores, compilando un sinfín de actas de reuniones que generalmente la abrumaban. Pero también se convirtió en una profesora destacada en las universidades donde recientemente se implementó la carrera, como en Universidad Internacional SEK y Universidad Alberto Hurtado, extendiendo esa labor formativa con la misma generosidad a un espectro estudiantil distinto al de su querida UChile. Paralelamente, mantuvo un compromiso profundo con la profesión a través de su participación larga y activa en la Sociedad Chilena de Arqueología (SCHA), la que continuó luego en el Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos de Chile (CAARCH), destacando su participación como asesora y consejera del Consejo de Monumentos Nacionales, representando a la SCHA (Castro 2015a). Respecto al CAARCH, quisiera destacar su participación en la Mesa de Sitios de Memoria, desplegando su sensibilidad profunda con los derechos humanos, vinculada estrechamente con la dura experiencia vivida por el Golpe de Estado y la Dictadura de Pinochet (Castro 2014), lo cual prefiero omitir en esta reseña. No menos importantes, como vanguardista adelantada y erudita, fueron sus preocupaciones por los paisajes culturales, el cambio climático, el conservacionismo natural y los no-humanos (Castro 2002; Castro et al. 2018; Maldonado et al. 2016; Santoro et al. 2018).

Por gran parte de esa labor, en momentos distintos, obtuvo reconocimientos oficiales como la jerarquía de Profesora Emérita y el premio Amanda Labarca por la Universidad de Chile, poco después de la desvinculación voluntaria, aunque no menos dolorosa, de su *alma mater*. Luego, a nivel internacional, fue reconocida con el Premio a la Excelencia de la Arqueología Latinoamericana y del Caribe que le otorgó la Sociedad para la Arqueología Americana (SAA), siendo la primera mujer en recibir este reconocimiento. No obstante, si bien fue posible su reincorporación por horas al Departamento de Antropología, faltó que su Universidad de Chile le otorgara el grado de Doctora *Honoris Causa*, otra deuda pendiente y que no habría sido tan difícil saldar, atendiendo su aporte inconmensurable. Valga decir que, después del agotamiento provocado por la tesis de magíster, el doctorado se volvió cuesta arriba a pesar de haberlo intentado, provocando cierta frustración y amargura en Vicky, pero ninguna casa de estudios fue visionaria, ni estuvo a la altura de haberlo otorgado por el trabajo investigativo ya probado con creces.

En fin, la vida ya fue y se podrán sacar lecciones de todo lo hecho o no hecho por quienes han constituido parte esencial de nuestra comunidad académica y fraternal, especialmente respecto a Vicky. La vida es misteriosa, pues justamente ésta nos volvió a juntar y estrechar lazos los dos últimos años, cuando nos solicitaron una nueva versión de los datos arqueológicos de Caspana y el juego de la *Pichca* (Castro y Uribe 2004 y 2022), permitiéndonos conversaciones más constantes y la complicidad acostumbrada para expresarnos desvergonzadamente de todo. Me parece, por último, que sería pretencioso hablar de una relación que transitó de maestra-discípulo a la de madre-hijo, ya que aquello es insuperable; simplemente me quedo con la gratitud eterna de haber compartido y constituido una parte de la vida de María Victoria Castro Rojas. Agradezco, pletórico de dicha que



aplaca el dolor de la pérdida, haber gozado de su personalidad luminosa, su sonrisa y palabras cálidas, siempre acurrándome; de aquella generosidad infinita, así como también participar de sus propias tragedias, amarguras y rabias.

Santiago, a 26 días de septiembre de 2022 (no sé si es coincidencia, pero justo es el día del cumpleaños de mi madre que partió 20 años antes).



De izq. a der: Mauricio Uribe, Luis Guillermo Lumbreras, Victoria Castro. 2014. Fotografía de Jorge Razeto.

Bibliografía

- Aldunate, C. y Castro, V. (1981). *Las Chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior*. Ediciones Kultrún.
- Aldunate, C. et al. (1982). La función de las chullpas en Likán, pp. 129-174. *Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena*. Ediciones Kultrún.
- Aldunate, C. et al. (1986). *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. Dirección de Investigación y Bibliotecas, Universidad de Chile.
- Aldunate, C. et al. (2003). Oralidad y arqueología: una línea de trabajo en las tierras altas de la región de Antofagasta. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 35(2), 305-314.
- Aldunate, C. et al. (2008). San Bartolo y Cobija: Testimonios de un modo de vida minero en las tierras altas y la costa de Atacama. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas*, 35, 97-118.



- Aldunate, C. et al. (2010). Los atacamas y el pescado de Cobija en homenaje al maestro John Víctor Murra. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 42(1), 341-347.
- Andrade, P. et al. (2014). Modos de vida de los cazadores-recolectores de la costa arica del Norte Grande de Chile: una aproximación bioarqueológica a las poblaciones prehistóricas de Taltal. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 46(3), 467-491.
- Berenguer, J. et al. (1984). Orientación orográfica de las chullpas en Likán: la importancia de los cerros en la fase Toconce, pp. 175-220. *Actas del 44 Congreso Internacional de Americanistas*. Universidad del Norte.
- Berenguer, J. et al. (1980). Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos*, 5, 81-93.
- Berenguer, J. et al. (1985). Secuencia del arte rupestre en el Alto Loa, pp. 87-108. En C. Aldunate et al. *Estudios en arte rupestre*. Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Borie, C. et al. (2016). Cobija y sus vías de conexión con el interior de Atacama. *Diálogo Andino*, 49, 209-223.
- Castro, V. (1992). Nuevos registros de la presencia Inka en la provincia de El Loa, Chile. *Gaceta Arqueológica Andina*, 6(21), 139-154.
- Castro, V. (1986). An approach to the Andean ethnozoology: Toconce, vol. 2, pp. 1-17. In T. Ingold. *Cultural attitudes to animals including birds, fish and invertebrates*. Allen & Unwin.
- Castro, V. (1997). *Huacca Muchay. Evangelización y religión andina en Charcas, Atacama la Baja*. Tesis de Magíster en Etnohistoria, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Castro, V. (2002). Ayquina y Toconce: paisajes culturales del norte árido de Chile, pp. 209-222. En E. Mujica. *Paisajes culturales en los Andes*. UNESCO.
- Castro, V. (2004a). Riqueza y complejidad del Qhapaq Ñan, pp. 40-46. En C. Caraballo. *Tejiendo los lazos de un legado, Qhapaq Ñan, camino principal andino*. UNESCO.
- Castro, V. (2004b). El picaflor de la gente (Sotar Condi). *Ornitología Neotropical*, 15, 409-417.
- Castro, V. (2007). A propósito de raíces históricas de nuestra crisis ecológica. *Revista Ambiente y Desarrollo*, 23(1), 93-94.
- Castro, V. (2009). *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur*. Fondo de Publicaciones Americanistas de la Universidad de Chile y Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Castro, V. (2014). Entre la primavera y la tormenta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 43/44, 79-83.
- Castro, V. (2015a). Discurso de bienvenida a la reunión por los 50 años de la Sociedad Chilena de Arqueología, pp. 131-132. En *Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y Sociedad Chilena de Arqueología*. Qillqa Ediciones.
- Castro, V. (2015b). The Qhapaq Ñan and its landscapes, pp. 15-20. In R. Matos. *The great Inka road*. National Museum of the American Indian.
- Castro, V. (2016). Aspectos de la etnoornitología de la provincia de El Loa, Norte de Chile. *Revista Chilena de Ornitología*, 22(1), 64-78.



- Castro, V. y Adán, L. (2001). Abriendo diálogos. Una mirada entre la etnohistoria y la arqueología del área centro-sur de Chile. *Revista Werkén*, 2, 5-35.
- Castro, C. y Aldunate, C. (2003). Sacred mountains in the highlands of the South-Central Andes. *Mountain Research and Development*, 23(1), 73-79.
- Castro, V. y Ceruti, C. (2018). Los Incas y el culto a las montañas en los Andes, pp. 429-471. En I. Shimada. *Imperio Inka*. Ediciones Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Castro, V. y Gallardo, F. (1995-1996). El poder de los gentiles. *Revista Chilena de Antropología*, 13, 79-98.
- Castro, V. y Martínez, J.L. (1996). Poblaciones indígenas de Atacama, pp. 69-110. En J. Hidalgo. *Culturas de Chile*. Editorial Andrés Bello.
- Castro, M. y Uribe, M. (2004). Dos "pirámides" de Caspana. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, volumen especial, 879-891.
- Castro, M. y Uribe, M. (2021). Dos datos prehispánicos del norte de Chile (río Loa). En Ch. Vitry. *Juegos antiguos y contemporáneos en América del Sur*. Duero Imagen.
- Castro, V. y Varela, V. (1991). Así sabían contar. *Oralidad*, 3, 16-27.
- Castro, V. y Varela, V. (1994). *Ceremonias de tierra y agua*. Ministerio de Educación y Fundación Andes.
- Castro, V. y Varela, V. (2000). Los caminos del "Reinka" en la región del Loa Superior. *Contribución Arqueológica*, 5, 815-839.
- Castro, V. et al. (2016). *Etnoarqueologías andinas*. Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado.
- Castro, V. et al. (2000). *Nispa ninchis / Decimos diciendo*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Castro, V. et al. (2004). Ocupación humana del paisaje desértico de Atacama, Región de Antofagasta. *ARQ*, 57, 14-17.
- Castro, V. et al. (2012). Paisajes culturales de Cobija, costa de Antofagasta, Chile. *Revista Chilena de Antropología*, 26, 97-128.
- Castro, V. et al. (1979). Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el período tardío, pp. 477-498. *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*. Editorial Kultrún.
- Castro, V. et al. (2012). Una mirada antropológica al devenir minero de Taltal y Paposo. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 44(3), 401-417.
- Castro, V. et al. (1993). Arquitectura del "Pukara" de Turi. *Boletín del Museo Regional de La Araucanía*, 4(2), 79-106.
- Castro, V. et al. (2004). Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama. *Chungara*, 36(2), 483-481.
- Castro, V. et al. (2016). Vertiente occidental circumpuneña, pp. 239-283. En F. Falabella. *Prehistoria en Chile*. Editorial Universitaria.
- Castro, V. et al. (1979). Primeros fechados arqueológicos por termoluminiscencia en Chile. *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, 270, 3-10.



- Castro, V. et al. (2016). Ocupaciones arcaicas y probables evidencias de navegación temprana en la costa arreica de Antofagasta, Chile. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 48(4), 503-530.
- Castro, V. et al. (2018). Tradiciones culturales y biodiversidad, pp. 146-191. *Biodiversidad de Chile*. Ministerio de Medio Ambiente. Gobierno de Chile.
- Gallardo, F. et al. (1999). Riders on the storm. *World Archaeology*, 31(2), 225-242.
- García, M. et al. (2018). Etnobotánica y territorio en el pastal de Mulluri (norte de Chile). *Boletín Latinoamericano y del Caribe en Plantas Medicinales y Aromáticas*, 17(5), 522-540.
- García-Albarido, F. y Castro, V. (2014). Los pescadores tardíos de Cobija, depósitos domésticos y estrategias de subsistencia. *Estudios Atacameños*, 49, 45-68.
- Letelier, J. y Castro, V. (2018). Changos en el Puerto de Cobija. *Revista Española de Antropología Americana*, 37, 127-142.
- Maldonado, A. et al. (2016). Climate change and social complexity in the Atacama desert during the late quaternary. *Past Global Changes*, 24(2), 56-57.
- Núñez, L. y Castro, V. (2011) ¡Caiatunar, caiatunar! Pervivencia de ritos de fertilidad prehispánica en la clandestinidad del Loa (norte de Chile). *Estudios Atacameños*, 42, 319-360.
- Romo, M. et al. (1999). La transición entre las tradiciones de los oasis del desierto y de las quebradas altas del Loa superior. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 35(1), 73-124.
- Rubio, F. y Castro, V. (2019). Paisajes culturales del litoral desértico de Atacama, Chile. *Revista de Antropología Americana*, 49, 29-48.
- Salazar, D. et al. (2010). Minería y metalurgia en la costa arreica de la región de Antofagasta, norte de Chile. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 15(1), 9-23.
- Santoró, C. et al. (2018). Acta de Tarapacá "Pueblo Muerto, Pueblo sin Agua". *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 59(2), 169-174.
- Schiappacasse, V. et al. (1989). Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1.000-1.400 d.C.), pp.181-220. En J. Hidalgo. *Culturas de Chile*. Editorial Andrés Bello.
- Valenzuela, D. et al. (2018). El suri y el cóndor en las representaciones rupestres prehispánicas del desierto de Atacama. *Revista Chilena de Ornitología*, 24, 3-14.
- Villagrán, C. et al. (1998). Etnobotánica y percepción del paisaje en Caspana (Provincia de El Loa, Región de Antofagasta, Chile). *Estudios Atacameños*, 16, 107-170.
- Villagrán, C. et al. (2003). Etnobotánica del sur de los Andes de la Primera Región de Chile. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 35(1), 73-124.
- Villagrán, C. et al. (1999). La tradición altiplánica: estudio etnobotánico en los Andes de Iquique, Primera Región, Chile. *Chungara*, 31(1), 81-186.
- Villagrán, C. et al. (1998). La tradición surandina del desierto. *Estudios Atacameños*, 16, 7-105.

Recibido el 27 Sep 2022

Aceptado el 3 Oct 2022